

Q
8917
T



PG 3425
D37

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.—Queda
hecho el depósito que marca
la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

AGUSTÍN AVRIAL. — Impr. de la Comp. de Imp. y Libr.
S. Bernardo, 92.—Teléfono núm. 3.974.

UN DESESPERADO

Eramos siete ú ocho personas reunidas en una misma estancia; la conversación versaba acerca de los últimos sucesos y sus autores.

—No comprendo ni pizca á esa clase de gente—dijo uno de nosotros.—Son una especie de rabiosos, de desesperados... sí, de desesperados, ¡esa es la verdadera palabra!... ¡Desde que el mundo es mundo nunca se ha visto nada parecido!

—¡Sí que se ha visto!—le objetó P..., un viejo entrecano, nacido allá por el año 1820.—También se han visto en otro tiempo desesperados, sólo que no eran como los de hoy. Alguien ha dicho á propósito del poeta Yazykof, que tenía un entusiasmo sin objeto; pues bien, de esas personas de quienes hablo pudiera también decirse que su desesperación carecía de objeto. Vamos, si Vds. quieren, les contaré la historia de mi sobrino por afinidad Micha Poltef. Será para Vds. una muestra de los desesperados de entonces.

I

Vino al mundo (recuerdo la fecha, era en 1828) en los dominios

patrimoniales de su padre, en un rincón extraviado de uno de los más remotos gobiernos de la región de las estepas. Me acuerdo de su padre como si estuviese aquí: era un verdadero hidalgo campesino, de verdad, de rancio abolengo, un hombre piadoso, con algo de empaque, bastante instruido para su época, un poco corto de alcances, para hablar en plata; entre paréntesis, estaba atacado de epilepsia... También esta es una enfermedad de señorón, una dolencia de personas de sangre azul... Y gracias á que no eran fuertes sus ataques; de ordinario terminaban por sueño y abatimiento. Era un hombre excelente, de amable trato, con cierto aire de seriedad: siempre me he representado en la imaginación con esos rasgos al *tsar* Miguel Fedorovitch.

Transcurría toda su existencia en la rígida observancia de las ceremonias y costumbres antiguas, en la más estricta conformidad con las costumbres de la vieja Rusia ortodoxa, de la «Santa Rusia». Levantarse y acostarse, tomar sus refacciones, ir al baño, divertirse ó enfadarse (por supuesto, tan raro era lo uno como lo otro), fumar en pipa y jugar á los naipes (¡dos grandes novedades!), todo esto lo hacía, no según su manera propia, no según su capricho personal, sino conforme á la enseñanza y la tradición de los antepasados, es decir, con peso y medida.

Era de elevada estatura y buenas carnes; tenía esa voz dulce y un tanto gutural que se observa á menudo en los rusos piadosos; no tenían pero su ropa blanca y de ves-

tir; gastaba corbata blanca, levitón de color de tabaco, pero de todas maneras revelábase siempre en él la nobleza de sangre, y á nadie se le hubiera ocurrido tomarle por hijo de un clérigo ni de un mercachifle.

En todas las circunstancias posibles é imaginables sabía con exactitud lo que se debe hacer, lo que se debe decir y en qué términos conviene decirlo; sabía cuándo se deben tomar medicinas y qué potingues hay que tomar; sabía en qué agüeros felices ó malos se debe creer, y los distinguía de aquellos á los cuales no se tiene que otorgar importancia...; en una palabra, sabía todo lo que conviene...

«Nuestros padres—decía—lo han previsto y ordenado todo; no nos empeñemos en obrar á nuestro can-

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

tojo... Y sobre todo, ¡que el santo temor de Dios no nos abandone jamás ni un instante!»

Dicho sea entre nosotros, en aquella casa aburríase uno mortalmente; casa cuyas habitaciones tibias, lóbregas y sombrías, impregnadas de un indefinible olor á incienso y á comidas de vigilia, resonaban tan á menudo con la salmodia de los rezos nocturnos y otras ceremonias religiosas.

Habiase casado, no muy joven, con una pobre señorita de los contornos, antigua colegiala de un liceo (*institutita*), criatura nerviosa y enclenque. Tocaba ella el piano bastante bien y hablaba el francés con acento del Instituto; era fácil de entusiasmarse, y aun con mayor facilidad se daba á la melancolía y al llanto. En dos palabras: carácter

versátil. Considerando truncada su vida, no podía amar á su marido, quien «naturalmente» no la comprendía. Pero, le estimaba... le aguantaba; y como era una mujer muy honesta y de un temperamento muy frío, en toda su vida ni siquiera una sola vez había puesto el pensamiento en otro «objeto». Agréguese que estaba absorta por completo en un principio por los cuidados de su propia salud, que en efecto era delicada; después, por los ataques de su marido, que le inspiraban algo así como un terror supersticioso; y á la postre, por su único hijo, Miguelito (*Micha*), á quien educaba ella sola con extremo celo. Su marido la dejaba libre para ocuparse de Micha, pero con la expresa condición de no traspasar nunca y con ningún pretexto, los

límites, prefijados de una vez para siempre, dentro de los cuales había de realizarse todo en su casa.

Vaya un ejemplo, entre otros muchos: por Navidades y Año Nuevo tenía Micha permiso para disfrazarse con los criaditos; mejor dicho, era una cosa que llegó á ser obligatoria... En el resto del año, ni pensarlo: ¡hubiera tenido que ver!

II

Me acuerdo de cuando Micha tenía trece años. Era un gentilísimo doncel de sonrosadas mejillas, labios carnositos (toda su persona era carnosilla y regordeta), ojos húmedos y casi á flor de la cara, pulcramente peinado

y pulido, cariñoso, tímido—; caramba, una verdadera señorita!—Una sola cosa me disgustaba en él: reía-se muy poco, pero cuando se reía enseñaba desagradablemente una dentadura grande, blanca y afilada como la de un animal montaraz; su misma risa era un tanto áspera, salvaje, casi feroz, y por sus ojos cruzaban siniestros fulgores.

Su madre le elogiaba mucho por ser obediente y cortés, por no gustarle la sociedad con los pinches de cocina, y por estar casi siempre junto á las mujeres.

—Es muy hijo de su madre—decía el padre;—es un alfeñique, pero va á gusto á la iglesia, y eso me reconcilia con él.

Sin embargo, un vecino, un pobre hombre viejo, antiguo oficial de

policía, hablando de Micha, dijo cierta vez delante de mí:

—Créanme Vds., será un revoltoso.

Recuerdo que este pronóstico me sorprendió mucho. Verdad es que, en su calidad de antiguo oficial de policía, en todas partes veía revoltosos.

Micha continuó siendo un muchacho modelo, hasta la época en que se quedó sin padres, quienes fallecieron casi el mismo día. Era entonces de diez y ocho años de edad. Como habitaba yo constantemente en Moscú, en mucho tiempo no oí hablar de mi joven sobrino. Una persona que vivía en el mismo gobierno que Micha, llegó en una ocasión á Moscú, y me refirió que Micha había vendido los bienes de sus padres por un pedazo

de pan; pero esa historia me pareció en extremo inverosímil. Pues bien; cátrate que el día menos pensado, una mañana de otoño, precipitase en el patio delantero de mi casa una carretela tirada por dos magníficos trotones, con un orondo cochero en el pescante, y en aquella carretela, arropado en un capote de oficial, con un inmenso cuello de castor, cubierta la cabeza con un casquete á lo truhán... ¿qué es lo que veo? ¡Micha!

Al verme (estaba yo á la ventana en el salón, aturdido con aquella súbita manera de entrar), echóse á reír con su risa estridente, sacudió con ademán resuelto el cuello de su capote, saltó de la carretela y se precipitó corriendo dentro de casa.

—¡Micha! ¡Miguel Andreievitch!
¿Conque es V.?

—¡Tutéeme V., y llámeme Micha!—interrumpió.—Soy yo mismo, en persona, de carne y hueso. He venido á Moscu para ver á la gente... y para que me vean... Ya ve V. cómo vengo á darle los buenos días. ¡Qué trotones! ¿Eh?

Y volvió á echarse á reír.

Aunque habían transcurrido siete años desde la última vez que había visto á Micha, en seguida le conocí. Su rostro continuaba siendo joven y tan bonito como antes; ni siquiera le había salido el bigote. Pero los párpados inferiores estaban húmedos, y su aliento trascendía á aguardiente.

—¿Hace mucho que estás en Moscu?—le pregunté.—Yo te hacia ocupado en administrar tus bienes.

—¿Mis bienes? ¡Pues friolera es el tiempo que hace que los vendí!

En cuanto murieron mis padres.—¡Dios los tenga en la gloria!—(Micha se santiguó con lentitud, sin el menor asomo de burlas). No tardé mucho. ¡En dos tiempos y tres movimientos, apañóse el negocio! ¡Ja, ja, ja! ¡Por supuesto, no fué caro! ¡Qué pillería! ¡Fuí á dar con un famoso tacaño...! Pero, ¡bah! ¿Eso qué importa? A lo menos, puedo vivir á mi capricho y dar gusto á los demás... Pero, ¿por qué me mira V. así? ¿Acaso se imagina V. que estaba hecho yo para darle vueltas al mismo torno toda la vida?... Mi buen amigo, mi querido tío, bríndeme V. con una copita...

Micha hablaba con una extraordinaria volubilidad, y al mismo tiempo tenía el aire de un hombre medio dormido.

—Micha, ¿en qué piensas?—ex-

clamé. — ¡No tienes temor de Dios! Mira el estado en que te encuentras. ¡Y aún pides una copita...! ¡Vender unos dominios tan hermosos por un pedazo de pan!

—¿Temor de Dios?—replicó.— Siempre le he temido, y nunca le he olvidado. Pero, ¿sabe V.? Es tan bueno... Dios... ¡que me perdonará! Y yo también soy bueno..., jamás hice daño á una mosca... Y una copita es cosa buena, y no hace daño á nadie... ¿En qué estado me encuentro? Me hallo en un estado muy decente... Repare V.; voy á andar por encima de esta tabla, si le place, y me tendré derecho como una I... ¿O prefiere V. que le baile la *pliaska*?

—¡Déjame en paz! ¡No se trata de *pliaska*! Mejor fuera que te sentases.

—¡Bueno, me sentaré!... Pero,

¿no me dice V. nada de mis caballos? ¡Mírelos V. un poco! ¡Parecen leones! Por ahora los tengo alquilados, pero necesito que sean míos..., y el cochero también. Trae mucha más ventaja el tener caballos propios. Tenía dinero para comprarlos, pero lo he perdido al *farraón*... ¡Bah! Mañana me desquitaré. Bueno, tío; ¿y esa copita?

Mi asombro era más grande que nunca.

—Vaya, vamos, Micha...; á tu edad... no se trata de caballos ni de naipes... Se trata de ingresar en la Universidad ó al servicio del Estado.

Micha soltó el trapo á reir de nuevo; después se puso á silbar á más y mejor.

—Ya veo lo que pasa, tío; ahora está V. en una disposición melan-

cólica. Volveré otra vez. Mientras tanto, oiga V.: vaya V. una de estas tardes al parque de los *Sokolniki*. He hecho levantar una tienda para mí. Tengo gitanas cantadoras...; pero que cantan... ¡hasta volverle á uno loco! Y encima de mi tienda hay una banderola, y en la banderola he hecho escribir con letras así de grandes: «Coro de gitanos de Poltef.» La banderola ondea como una culebra; las letras son doradas, para gusto de los que las lean. Todo el mundo está invitado. ¡Entra quien quiere! No se le niega á nadie. Esto ha armado un bulle-bulle en todo Moscu, ¡que ni yo le digo á V. más! Vamos, ¡irá V.?... Hay sobre todo una, una gitanilla..., un áspid. ¡Qué! Es negra como un par de botas, rabiosa como un perro, ¡y qué ojos!... ¡Verdade-

ros carbones hechos ascuas! ¡Nunca se sabe si va á besar ó á morder! ¡Vendrá V., tío? ¡Vaya, hasta más ver!

Me agarró de golpe y porrazo, hizo sonar un tremendo beso en mi hombro, se lanzó al patio, y de un salto en la carretela, agitó el casquete sobre su cabeza y prorrumpió en un grito de guerra; el colosal cochero se volvió un poco para echarle una ojeada á través de sus barbas; púsose en movimiento el tiro, y todo desapareció.

Al día siguiente, no sé cómo sucedió aquello, me encontré en los *Sokolniki*; en efecto, vi la barraca, la banderola, el rótulo. Los paños de la tienda estaban levantados: salía de allí una batahola, una barahunda, gruñidos... Enorme gentío la rodeaba. Sentados sobre una alfom-

bra tendida en el suelo, unos gitanos, hombres y mujeres, cantaban, tocaban tamboriles; y en medio de ellos, con una guitarra en la mano, vestido con una blusa de seda roja y un ancho pantalón de terciopelo negro, girando como una peonza, decía Micha á grito pelado:

—¡Vamos, señores; tomaos la molestia de entrar! La representación comenzará sin un solo minuto de tardanza. ¡Habrá *champañ*; vamos, pecho—que salte el tapón deshecho—que vaya á dar en el techo—y que os haga buen provecho!

Por fortuna, no me había visto, y me escabullí á todo escape.

No me extenderé mucho, señores, hablando de la sorpresa que me produjo tal cambio. Pero, en fin; ¿cómo había hecho ese mozo pacífi-

co y reservado, para caer de un tirón en tales excesos de crápula y embriaguez? ¿Existía en él esa locura desde la infancia, y se había manifestado en cuanto desapareció el yugo paterno? En cuanto al bulle-bulle, como él decía, que eso había armado en todo Moscu, no podían caber dudas de ningún linaje. ¡Cuidado si he visto vividores en mi vida! Pero aquí había algo más: una especie de frenesí, de desesperación, una verdadera rabia por destruirse á sí mismo.

III

Ese juego duró dos meses... Y cádate que, cuando menos pensaba, estando en una ventana de mi sa-